



preso mandando que le comunicaran á su jefe lo que acababa de hacer.

El General Régules, al tener conocimiento de lo acontecido, mandó que se procediera al sumario respectivo, y sin consideración alguna se aplicara al delincuente todo el rigor de la ley.

Largo sería enumerar todos y cada uno de los detalles de la vida casi nómada que llevó más tarde la Señora de Régules cuya fé en el triunfo de su patria, su entereza y patriotismo,

la hacen comparable á las mujeres de Esparta. En cambio de sus sacrificios alcanzó la suerte de sobrevivir algunos años al triunfo de la República. Al lado de su esposo, rodeada sus hijos y llorada de todos los que tuvimos la dicha de tratarla y estimar sus altas virtudes, la Señora Soledad Solórzano de Régules murió en el barrio de San Cosmo de la Ciudad de México el 5 de Febrero del año de 1864.

JOAQUÍN TREJO.

IGNACIO ZARAGOZA.

1829--1862

SI aquel sol del 5 de Mayo no se ha puesto es por él, por su ejemplar patriotismo y por la gloria que circunda su nombre, gloria que más crece á medida que más son los años.

Murió á tiempo, como Mirabeau supo hasta morir, á poco de entrar á la inmortalidad, cuando aún no se apagaban en sus oídos las ondulaciones del clamor, sin que apareciera una nube en su carrera constelada de pueros triunfos.

Revelaba su semblante la serenidad, terso como un lago que jamás turba ni una brisa. Hacían culminante su carácter la modestia, la subordinación, la amabilidad y el valor, sobre todo el valor que lindaba con la frialdad de la muerte.

Nació en la bahía del Espíritu Santo, Texas, cuando aquel gran girón de territorio nos pertenecía, el 24 de Marzo de 1829. Traía en la sangre el espíritu militar. Su padre el capitán Miguel G. Zaragoza, por aquel entonces, servía al gobierno de México. Fué su madre la Sra. María de Jesús Segúin.

Ignacio aprendió las primeras letras en la H. Matamoros, Tamaulipas. Casi se limitaba esa instrucción, cuando era buena, á saber leer y escribir, lo cual se aprendía á duras penas á causa del método siempre malo y del maestro siempre ignorante. Es, sí, esa instrucción iba muy cargada de enseñanza y práctica católicas. La familia pasó á vivir á Monterrey y allí prosiguió recibiendo esa primera enseñanza. En el Seminario recibió la secundaria; pero retrocedió ante la profesional. No había más que la de la abogacía y la eclesiástica, y no optó por ninguna.

Su padre se encontraba en Zacatecas, desempeñando un empleo oficial, y fué á su lado. De regreso á Monterrey y ya D. Miguel separado de la milicia, el joven entró á una tienda de comercio con esperanzas de hacer fortuna y

hallar el bienestar. Las circunstancias porque atravesaba el país motivaron el levantamiento de guardias nacionales en los Estados. El dependiente de comercio Ignacio Zaragoza fué de los primeros en inscribirse en Nuevo León. Aparte de que su deseo era servir á la patria, sentía irresistible inclinación por la milicia. Dicen que sus compañeros de alta, llevados de la simpatía, le nombraron sargento primero. Nada de teoría de la ciencia militar llevaba consigo al tomar las armas. La práctica fué su mentor, dando saltos en su ascenso. De sargento primero pasó á capitán, de capitán á coronel y de coronel á general. Su entrada en forma al ejército fué el año 1853, de capitán de una de las compañías de la milicia activa de Nuevo León. ¡Nueve años de activa vida militar para llegar á ser general! Pero, sus servicios, es preciso no echar en el olvido, fueron prestados á la patria.

Con el grado de capitán emprendió su primera campaña en Tamaulipas, bajo el gobierno de Santa Anna, á quien odiaba de muerte la familia de Zaragoza, teniendo raíz ese odio en el liberal y republicano pecho de su madre. Pero le subyugaba la ordenanza y tenía que cumplir á su despecho con sus deberes de militar, hasta que le viese la oportunidad de tomar puesto en el partido político que creía satisfacer sus convicciones; así fué que por algún tiempo, el cual felizmente no pasó de meses, tuvo que ir contra la manera de sentir y pensar de sus padres y hermanos. Hasta llegó á decirle doña María de Jesús Segúin, luego que acaeció el pronunciamiento de Monterrey contra Santa Anna, que si no dejaba de servir á ese gobierno, tendría que luchar contra sus mismos hermanos. Zaragoza se encontraba de destacamento en Ciudad Victoria. Le habia llevado expresamente el recado uno de aquellos hermanos. Procedió con dignidad incomparable; sin ambages manifestó

á su coronel que había resuelto abandonarle, que iba á defender la buena causa, que no podía ir contra sus propias convicciones y las de su familia. Y el 30 de Mayo de 1854 tomó camino para Monterrey al mando de 113 hombres y unos cuantos oficiales que quisieron seguirle.

Pronunciaban ya su nombre con agrado los habitantes de Nuevo León. De modo que su entrada al Estado fué triunfal. Le era propia la atmósfera: todos peleaban por el derrocamiento de Santa Anna. Para ello había preparados voluntarios con las armas al hombro y dispuestos á todo, provisión de municiones recurridas obtenidas á entera voluntad. Partieron, pues, á Matamoros para atacar al general Adrián Woll. Una noticia los obligó á retroceder. Tropas santannistas no tardarían en hacerse de la plaza de Monterrey. Con ellas tuvieron un encuentro en el Saltillo el 23 de Julio de 1855, vencióndolas. Ese hecho de armas puso las insignias de coronel á Zaragoza.

Al ser expedido el estatuto que llamaban de Lafragua, Coahuila y Nuevo León lo acogieron con tal decontento que fueron esos Estados los que más resistencia opusieron, á fin de que fuera letra muerta. Comonfort usó de la mayor tirantez; de los cuatro puntos cardinales surgieron soldados para someterlos. Fuerzas de Tamaulipas derrotaron á las muy pocas de N. León á corta distancia de Monterrey. Si no entraron á la ciudad fué porque Zaragoza, que á la sazón se encontraba allí, aprovechando un día de jornada que les faltaba para ocuparla, convocó al pueblo á parapetarse en la Ciudadela, que era las paredes lisas de una iglesia en fabricación. Tres días de sitio resistieron á pesar de la amenaza de rendición del jefe de las fuerzas de Tamaulipas, que les señalaban término perentorio. Zaragoza contestó á esa amenaza: "Desde luego puede usted comenzar sus operaciones militares." Llegó el resto de fuerzas de Nuevo León que estaba en Camargo y los sitiadores sufrieron completa derrota.

Cuando los mismos que aceptaron el golpe de Estado de Comonfort, se le sublevaron el 11 de Enero de 1858, Zaragoza con un puñado de valientes defendió el punto de San Pedro y San Pablo. Lo sostuvo hasta que fué inútil toda resistencia. A todo trance quería defender el orden constitucional, ya que Comonfort había vuelto tarde sobre sus pasos, pero aislado éste y en fuga, Zaragoza regresó á México para tomar camino hacia su Estado. A su ida le aconteció un percance casi á las puertas de Querétaro: unos ladrones asaltaron la diligencia en que iba. El sacó su revólver é hirió á uno de ellos y su sirviente tomó igual acti-

tud, lo que hizo que los ladrones pusieran pies en polvorosa. A ninguno de los compañeros de viaje le pasó por las mientes que aquel valiente fuera Zaragoza.

El 27 de Abril y 30 de Julio de 1858, en la toma de las plazas de Zacatecas y San Luis ocupadas por fuerzas que obedecían al gobierno que emanaba del plan de Tacubaya, Zaragoza fué de los jefes á quienes se debió la victoria. Mandaba un cuerpo de infantería de Nuevo León. Por esta época tuvo un rasgo que da medida de su magnanimidad. El general Zuazua, al derrotar en Carretas á Miramón, hizo prisioneros á los oficiales Miguel Alvarez, Mariano Aparicio, Lorenzo Picazo y Manuel Marín, á los cuales debía pasar por las armas Zaragoza en la ciudad del Venado, según orden del jefe. Al recibirla, le contestó: "Cumpliré la orden y á las veinticuatro horas, según usted me lo previene, serán pasados por las armas los oficiales que me consigna." A la vez le decía á Zuazua en carta particular de fecha 21 de Abril de 1858: "De conformidad con la orden de usted de ayer, han sido puestos en capilla los cuatro oficiales prisioneros que vinieron de ese punto; pero francamente le diré que me ha puesto usted en el fuerte compromiso de ser el primer jefe de la frontera que haga ejecuciones á sangre fría con la circunstancia desfavorable para mí, de que yo no concurrí á la gloriosa función de armas que usted tan bizarramente ha sostenido. Considere usted mi situación..... Ellos —los oficiales prisioneros,—están recibiendo los auxilios espirituales: han muerto ya, crealo usted..... Han sufrido más que la misma muerte, y yo me intereso en cuanto pueda valer, porque se perdonen. Estos mismos sentimientos he notado en muchos de mis compañeros."

Y finalizaba con esta posdata sublime, de puño y letra de Zaragoza: "Seamos fuertes y terribles en el combate; pero después, que admiren nuestra humanidad los enemigos que no nos conocen." Los cuatro prisioneros se salvaron.

En la derrota de Ahualulco de los constitucionales que mandaba Don Santiago Vidaurri, si la artillería quedó á salvo, fué debido á la retirada honrosa de Zaragoza.

Le valió la banda de general, que le dió Don Santos Degollado, el haber derrotado él y el general Iniestra á Liceaga al perseguirle teniendo éste tropa superior en número, en el camino de Silao á Guanajuato, el 28 de Febrero de 1859. Iba Zaragoza á la cabeza de un regimiento de rifleros de Monterrey.

El general en jefe de las tropas constitucionales al enviar el parte de la victoria ob-

tenida en Calamanda contra las reaccionarias, atribuía el éxito en mucho á Zaragoza y al cuerpo de ejército á su mando.

Triunfantes aquellas fuerzas se situaron en las cercanías de México, sin la precaución de impedir la entrada de los restos del enemigo esparcidos por algunos Estados. La intentona de tomar la plaza, ya atacando á San Cosme, ya á otro punto, se frustró, pero con dignidad.

El 11 de Abril de 1859, Zaragoza tendía sus soldados de Chapultepec á Casa Mata, los cuales quedaron débiles por los piquetes que pedían de Tacubaya. Así fué que llegado el ataque, de órden del general en jefe, no hicieron frente á la resistencia y se dispersaron. Zaragoza explicaba á don Manuel Z. Gómez el fracaso, haciendo la siguiente comparación: "¿Ha visto usted el terror que se apodera de un perro faldero y la manera con que éste huye, cuando después de haber impacientado con sus ladridos á un bull dog, éste vuelve la cara y le hace cualquier amago? Pues de la misma manera corrieron mis soldados, tan luego como el enemigo, apercebido de nuestros inútiles fuegos, volvió sobre nuestra posición una batería y nos hizo una descarga. Nuestra pieza quedó desmontada y todos, porque yo ni aun intenté contener á los soldados, tuvimos que retroceder algo más que de prisa." Sin embargo, Zaragoza llevó tras él algunos soldados y se incorporó en Irapuato con el general González Ortega. De acuerdo resolvieron avanzar hacia Querétaro, mas al llegar á Salamanca, recibió Zaragoza órden del jefe del ejército de operaciones del Norte para marchar á San Luis Potosí, á donde siempre no llegó porque se hizo cargo, previa ausencia de aquel, del mando de las fuerzas del Estado de Guanajuato, por ruego de una comisión especial que le solicitaba.

Zuazua parecía querer humillarle, subalternándole: así lo hizo con un coronel García, jefe de una división de Tamaulipas, á quien nombró segundo en jefe, categoría que tenía Zaragoza. No por tal preferencia se sintió herido: quedó subalternado.

Cuando Vidaurri exigía castigar al coronel Quiroga, por su rebelión contra las fuerzas del Norte, Zaragoza tuvo la comisión de Degollado para aplacar á aquel jefe que había dirigido notas muy duras á D. Santos; pero como en Monterrey le sorprendiera el decreto del 5 de Septiembre de 1859, estuvo estrechado y á punto de regresar, hasta que le llegó nueva investidura: que destituyera á Vidaurri del mando político y militar de Nuevo León y Coahuila y que le sujetara á juicio. En un comunicado Vidaurri le decía: "Protesto ante el Estado que ya esté conforme con dicho pa-

so ó no seré en lo de adelante completamente extraño respecto de sus asuntos."

Su constante anhelo era organizar fuerzas del interior para combatir á la reacción, por esto al abandonar á Nuevo León, después de haber guardado el orden público á la destitución de Vidaurri, arribó á Veracruz con el solo objeto de conferenciar con don Benito Juárez para ver si aprobaba la línea de conducta que iba á seguir para efectuar con alguna probabilidad de éxito la campaña del interior. El 29 de Febrero de 1860 se dirigía á Zacatecas, donde González Ortega, que conocía su saber y sus virtudes cívicas, le dió la comandancia militar de la plaza y el encargo de organizar la tropa.

El 24 de Mayo, en el ataque de Guadalajara, era mayor general de la división que mandaba López Uraga. Después, teniendo como su jefe al general Pedro Ogazón, gobernador de Jalisco, mandaba la división del centro en el sur del Estado, conteniendo los avances de Miramón, sin presentarle batalla formal, porque así lo quería Ogazón. Los pocos recursos y la poca tropa con que contaba en Jalisco para seguir haciendo la campaña, lo indujeron á salir de Santa Ana Acatlán el 31 de Julio, para incorporarse en Lagos con González Ortega y combinar un plan definitivo de ataque. Durante el trayecto pasó á la vista del enemigo, apoderado de Guadalajara y otros puntos del tránsito, desafiando todo género de peligros.

La primera batalla que presentaron al enemigo fué en Silao. Estaba á la cabeza de éste Miramón en persona. Prepararon en las orillas de la ciudad el ataque, que sería al amanecer del 10 de Agosto. Las fuerzas constitucionales fueron batidas y resistieron en tanto llegaba con refuerzo el general Felipe Berriozábal. Previendo ser derrotadas si permanecían con los brazos cruzados soportando el fuego, bandera en mano y á la vanguardia, Zaragoza y González Ortega atacaron á la bayoneta, obteniendo la victoria.

Enfermo el general en jefe en el sitio de Guadalajara, le dió ese importante puesto la junta de jefes de alta graduación, convocada con ese fin.

El 31 de Octubre se acercaba á Guadalajara la tropa reaccionaria de Jalisco y México, y el jefe pedía á Zaragoza por medio de un enviado especial que le incluyera en los tratados que acababan de celebrar en aquella plaza. La contestación fué: "Muy sensible me es el derramamiento de sangre mexicana, pero el honor nacional no me permite entrar en tratados con jefes, oficiales y tropa que se dejan mandar por el famoso asesino de Tacu-

baya." Márquez sufrió una derrota completa á su retirada.

Y creyó oportuno y llegado el momento de marchar para México á fin de ocuparlo, y ordenó la salida de la tropa.

El día 10 de Diciembre, sentado á la mesa Zaragoza con otros jefes, recibió el parte de la derrota en Toluca de una fracción de las fuerzas constitucionalistas. Su plan de avance á la capital tomó más cuerpo y él tuvo más fe y más decisión. Su tropa llegó á Arroyozarco y dió aviso á González Ortega, restablecido ya de la enfermedad que le había hecho guardar cama, en estos términos:

"Que me espero que Miramón, alentado con el triunfo obtenido en Toluca, saldrá á batirme y que yo no esquivaré el combate, que ya sabe que casi no cuento con más parque que el que tienen los soldados en las cartucheras y la artillería en las cajuelas, pero que yo no retrocederé, y antes bien iré á su encuentro, cuyo objeto salgo hoy mismo para Arroyozarco. Que de todas maneras, le suplico que violento su marcha, más principalmente si considera que yo hago mal, pues en este caso, es necesario que se apresure para tomar el mando, y entonces él determinará y yo obedeceré lo que ordene." Entonces tuvo lugar la famosa batalla de Calpulalpam. González Ortega, que mandaba en jefe á las fuerzas constitucionalistas, dió á Zaragoza el ala izquierda, por la que cargó el enemigo con ímpetu y con pretensiones de éxito. La victoria abrió las puertas de México á los partidarios de la Constitución de 57 y de la verdadera república. Zaragoza ocupó primeramente la plaza para evitar desórdenes.

De Puebla, donde tenía á su mando una división, le llamó el presidente de la República para desempeñar el ministerio de Guerra que acababa de renunciar González Ortega. Ocupando tan encumbrado puesto, se verificó bajo su dirección la sorpresa y derrota en Pachuca de los reaccionarios acaudillados por Mejía, Márquez y Zuloaga.

Descendió del Ministerio para mandar una división del ejército de Oriente, y por haber dado una comisión el gobierno á López Uruga, llegó Zaragoza á ser el general en jefe. Pero toda esa fuerza de su mando disminuía día con día, ya por cuerpos que se ponían en reposo, ya por otros que salían lejos á terminar con los girones de la reacción que vagaban merodeando por una que otra ciudad de algún Estado. Le venían temores de que los franceses obraran al fin y al cabo de mala fe en los tratados de la Soledad; sería inevitable tarde ó temprano la guerra y llegó á indicar al gobierno que debía atender de preferencia al ejér-

cito. Y en tanto pensaba y le inquietaba todo esto, su esposa agonizaba en México, desahuciada de la ciencia médica.

Rotos los tratados de la Soledad, las fuerzas de las tres naciones aliadas volvieron á su punto de partida, según un artículo de dichos tratados, no pudiendo México ni ellas romper las hostilidades. Todo el país creía á pié juntillas que las fuerzas mexicanas no podrían oponer resistencia á las extranjeras en su marcha de Orizaba á la capital de la República. A pesar de todo, Zaragoza abrigaba esperanzas, no solamente de retardar su avance, sino de tener el triunfo. En Acultzingo intentó marcarles el alto, pero su retaguardia corría peligro por las fuerzas reaccionarias que la amenazaban. Las republicanas retrocedían pas á paso, como si no las amenazase peligro alguno. El día 28 de Abril, en que hicieron honrosa resistencia, Zaragoza escribía al Sr. Manuel Z. Gómez:

"Quedo impuesto por su grata fecha 26 del corriente, de las noticias que usted me comunica. Una de ellas es el regreso de la brigada de San Luis, que si mucho sorprende á usted, más me sorprende á mí, que con la tenacidad de un limosnero indigente, desde el 8 de Marzo estoy peedizando al gobierno la mala fe de los franceses, la necesidad de que nos preparemos con tiempo y el urgente envío de fuerzas respetables; pero quizá por imposibilidad no se me ha atendido y hoy me encuentro á la vista del enemigo extranjero con un puñado de valientes dignos de mejor suerte, todos desnudos, muertos de hambre y que no será remoto sucumban, aunque fia mucho en su bravura y entusiasmo su afectísimo amigo.—I. Zaragoza.—Aumento.—Estoy recorriendo mi campamento: ya está el enemigo al frente." Para evitar responsabilidad, informó al supremo gobierno del plan que tenía formado, del itinerario que debía seguir, de los puntos estratégicos, del estado de la tropa y de los preparativos que disponía, todo sujetándolo á su aprobación. Lefase en el informe, fechado en Amozoc el 2 de Mayo: "Dejo expuestas las razones de la conducta que he observado y de la que me propongo seguir, explicando los fines á que mis operaciones conducen, pero también estoy resuelto á batirme campalmente ó como el gobierno me lo ordene con los enemigos que tengo cerca, sobre lo que espero se sirva determinar el C. Presidente lo que juzgue digno de su resolución, seguro de que encontrará en este cuerpo de ejército un jefe con subordinados, que obedecerán sin réplica las supremas disposiciones con honor y lealtad, hasta sucumbir con gloria." El gobierno aprobó su plan, dicién-

dole Zaragoza el día 3: "Si el gobierno haciendo un esfuerzo supremo me mandara violentamente mañana dos mil infantes, yo le aseguraría, hasta con mi vida, que la división francesa sería derrotada precisamente el día 6. Y obtuvo la victoria un día antes: el inolvidable 5 de Mayo de 1862, sin el auxilio de esos dos mil infantes, que llegaron la noche del 6, y sin el de las brigadas de Carbajal y O'Horan que atendían á las fuerzas reaccionarias. Tan increíble pareció el triunfo de Zaragoza, en México, que no se celebró con ninguna demostración pública. Las tropas extranjeras fueron perseguidas hasta Acultzingo, el 13, en que Zaragoza tuvo por muy conveniente no atacarlas. Decía él: "porque temía un mal resultado y temblaba por la muerte de la República, en este caso, por no haber ni en Puebla, ni en la capital un ejército de reserva. Sin dar á entender mis temores, llamé á algunos de mis compañeros para observarlos y creí notar en ellos mis mismas dudas. Entonces sin vacilar, pero tampoco sin que conocieran que desistía del ataque, ordené que se diera rancho á la tropa y se descansara un rato. Después dispuse su marcha para diversos puntos, ya con el firme propósito de no batir al enemigo, ni en aquel lugar, ni en otro alguno de su tránsito, supuesto que no me prometía poderme colocar en una posición ventajosa."

El 20 de Agosto se presentó en México para arreglar asuntos del servicio. Apenas lo supe el pueblo, le hizo ovaciones en su casa y á su paso en la calle. Sus amigos le dieron banquetes. En uno de ellos, al que concurrió lo más selecto de la sociedad, después de brindar el presidente de la República por él y por el ejército, levantó su copa y dijo: "Todos los que lo componen son mis hijos, mis hermanos, y yo solo le ruego al Supremo Magistrado que haga por que se les proporcione cuanto contribuya á satisfacer sus más precisas necesidades, ya que las escaseces generales no per-

miten atenderlos en todo, como estoy seguro que lo desea el mismo digno Magistrado, y ellos se lo merecen."

El 22 salió para Puebla y fué á visitar el cuartel general y á las fuerzas de las cumbres de Acultzingo. En este viaje cogió un tifo, del que para sanarle fué inútil la ciencia de la medicina. México se puso en alarma al tener noticia de la enfermedad del inmaculado patriota. En la mañana del 8 de Septiembre recibía el gobierno este mensaje: "Son las diez y diez minutos: acaba de morir el general Zaragoza." La nación estuvo de duelo, el gobierno le decretó honores, mandó por su cadáver á Puebla, pensionó á su única hija, á su madre y á sus hermanas, y expuso los restos en el salón del Palacio Municipal, hasta el día 13 en que fueron sepultados solemnemente en el panteón de San Fernando, con asistencia del presidente de la República, y sus ministros é inmenso acompañamiento de pueblo. Don Juan Antonio de la Fuente, Ministro de relaciones exteriores y gobernación, decía en la circular á los gobernadores: "Debo recomendar á usted que haciendo oír su voz, procure que la justa afición de los ciudadanos por esta pérdida funesta no degeneren en abatimiento de ánimo."

Y don José María Iglesias, en el discurso que pronunció en el sepulcro: "Seguid mexicanos, siquiera sea de lejos, sus huellas luminosas, para salir de la terrible crisis en que nos encontramos, con la frente limpia, con la conciencia tranquila. Tomad por modelo al joven que á los 33 años ha sabido dejar una memoria imperecedera, y por más que el tirano de la Francia aglomere sobre nosotros sus aguerridos batallones, no será dudoso el éxito de la contienda."

ANGEL POLA.

* Los datos de esta biografía están tomados de los escritos sobre Zaragoza de los Sres. Francisco Zarco, José María Iglesias, Guillermo Prieto y principalmente de don Manuel Z. Gómez, que fué uno de sus íntimos.